LA FAMILIA

PREPARACIÓN AL MATRIMONIO: EL MODELO DE CAPACIDADES

FERNANDO VIDAL*

Fecha de recepción: marzo de 2016
Fecha de aceptación y versión final: abril de 2016

RESUMEN

El artículo se centra en dos momentos en los que la Iglesia quiere ayudar a las parejas: la preparación al matrimonio y la primera fase de vida compartida. En el primer punto se señala qué giro pide la Iglesia; en el segundo punto se presentan tres claves de diagnóstico y luego se esbozan propuestas prácticas para un nuevo modelo que el autor ha denominado de Capacidades.

PALABRAS CLAVE: familia, noviazgo, preparación al matrimonio, modelo de capacidades, acompañamiento espiritual, escuela de padres.

* Fernando Vidal (Vigo, 1967) es doctor en Sociología, profesor de la Universidad Pontificia Comillas, donde es director del Instituto Universitario de la Familia, y *Research Professor* del Boston College (Massachusetts). Es miembro de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX), miembro del Secretariado de la Familia de Jesuitas-España, y colidera el *Family Team* de la CVX-Mundial. Relacionado con el tema del artículo ha publicado *El Reloj de la Familia* en la Editorial Mensajero. En Twitter es @fervidal31. < fvidal@comillas.edu>.

Preparing for marriage: the ability model

Abstract

This paper focuses on two periods in which the Church wants to help couples: preparing for marriage and the first stage of shared life. On the first point, the change the Church asks for is explained. On the second point, three diagnostic essentials are presented and later practical proposals for a new model that the author calls «Abilities» are outlined.

KEY WORDS: family, engagement, preparing for marriage, ability model, spiritual accompaniment, school for parents.

---

1. Un nuevo paradigma pastoral de familia: Cultura del Corazón

El amplio discernimiento sobre la Familia que la Iglesia católica ha realizado en el trienio 2014-2016 ha supuesto, en opinión del Papa Francisco, no solo una reflexión, sino una inflexión. Desde las primeras sesiones sinodales, los participantes han solicitado un cambio de paradigma, un giro profundo y otro modo de escuchar, mirar, estar, compartir, aprender y ayudar a las familias. El Sínodo invita a una mirada positiva y a poner en marcha los motores positivos de la belleza de la vida conyugal y familiar. Es una pastoral que se inspira en los dones del corazón, como son la gratitud, la confianza, el perdón, la elevación vital, el cuidado y la celebración, el goce o la comunicación. *Cultura del Corazón* es un buen nombre para caracterizar al tipo de pastoral que impulsa todo ese trienio, una pastoral que Benedicto XVI denominó *Cor ad Cor*, corazón a corazón. Esa Cultura del Corazón es el ADN del análisis y las propuestas en el aspecto concreto que abordamos en este artículo.

Dentro del programa pastoral fraguado en este Trienio de la Familia desempeña un papel central la ayuda a las parejas en su etapa de constitución y primeros años de vida compartida. La preparación para la vida matrimonial y su maduración en los primeros años es un momento crucial de la vida familiar. La preocupación es principalmente pedagógica: se demandan (a) nuevas herramientas para preparar a las parejas; (b) modos de trabajar con parejas que ya hayan comenzado un camino conyu-

gal pero no lo hayan eclesializado como matrimonio; y (c) itinerarios para ayudar a las parejas en sus primeros años, especialmente durante la crianza temprana de los hijos.

2. Tres claves a las que hay que responder

El tipo de preparación y acompañamiento que se necesita responde a un diagnóstico que vamos a sintetizar en tres aspectos.

a) Las cuatro estaciones del noviazgo

Parte de los problemas de las parejas reside en que no se han preparado bien para lo que van a vivir. Ha faltado reflexión, madurez o adquisición de las capacidades que les van a permitir afrontar una vida en común que está repleta de felicidades, pero también de desafíos. El noviazgo es un proceso –es una institución– que cumple varias funciones: ayuda a intensificar la relación de una pareja para enamorarse y discernir si es la persona a la que unir toda la vida; es un tiempo de convergencias para sincronizar y consolidar los proyectos vitales; es un tiempo de búsqueda emocionante y también sembrado de incertidumbres y encrucijadas. En el noviazgo hay un ciclo de cuatro tiempos: uno de entusiasmo y deslumbramiento; otro tiempo de identificación y fusión; otro de distancias y decepciones; y otro en el que las cosas se integran en un nivel más hondo. Se dan secuencialmente, pero a veces forman pequeños «bucles» alrededor de crisis o asuntos que no se logra encajar. A veces prospera y llega al final del ciclo, y otras veces la relación asume que la única forma de superar las divergencias es la mera amistad o separar ambos caminos. Es crucial que ese ciclo a cuatro tiempos lo viva la pareja con la mayor libertad posible. Las *cuatro estaciones del noviazgo* permiten que la tierra común esté preparada para tomar una decisión que va a ser crucial: fusionar las dos vidas en un único proyecto común. El adelantamiento de decisiones –formar un hogar o tener hijos– puede ser precoz e incluso puede restar libertad para completar ese ciclo que hay que vivir e interiorizar previamente a las grandes decisiones. Pero, por otra parte, la convivencia doméstica ya no significa lo mismo que antes. En una sociedad

más móvil, vivir juntos no significa fundar un hogar y, por tanto, se convierte para muchos en otra fase del noviazgo. Tener hijos, en cambio, sigue marcando crucialmente un antes y un después. No obstante, es importante que las parejas tengan ese tiempo de hacer y hacerse a lo nuevo («*novi-hazgo*») y que, en la medida de lo posible, se preparen antes de las grandes decisiones.

b) Constituirse en un entorno dinámico

Es cierto que las parejas se forman en un contexto institucional mucho más dinámico, y ello afecta a su proceso. Hemos pasado de una sociedad corporativa a sociedades móviles, dinámicas o líquidas. La sociedad corporativa es aquella formada por instituciones de alta definición, con papeles muy claros y especializados, con sistemas de sanción fuertes y ejecutivos y con gran voluntad de estabilidad. La sociedad corporativa proporcionó contornos muy fijos y visibles a las familias, especialmente nucleares[1]. Hoy en día, el modelo de institucionalización ya no es de alta estabilidad y homogeneización, sino que es muy dinámico y móvil. Las instituciones están menos definidas, y los sujetos tienen más libertad para adaptarlas a sus proyectos vitales. A la vez, hay más incertidumbre, y los sujetos deben ser más reflexivos y deliberativos. En ese contexto, hay una pérdida de soportes institucionales que orientaban y protegían a las personas, especialmente a las más vulnerables. Por otro lado, hay una experiencia de mayor libertad y responsabilidad de los sujetos en la búsqueda y diseño de su proyecto común. Junto con los evidentes riesgos para transmitir la sabiduría de las generaciones – tradición–, hay más oportunidades para la libertad, autenticidad, progreso y pluralidad. ¿Hubiera sido posible la liberación de la mujer, la expansión de los derechos de los menores o el mayor papel de la juventud si la institucionalización familiar hubiera continuado siendo igual de rígida? Albergamos dudas.

1. Fue característico de la sociedad tras la Segunda Guerra Mundial, donde se buscaba acentuar la estabilidad social y política tras las grandes divisiones –de clase, ideología, nación, raza y religión– que condujeron al gran desastre. La sociedad de clases medias y las ideologías de centro político crearon una ilusión de homogeneidad que nunca fue tal.

A la sociedad le corresponde hallar el punto de equilibrio donde los sujetos reciban la tradición de capacidades aprendidas por las generaciones anteriores y, a la la vez, no estén atados a sus limitaciones y pueden innovar. Quizá casi todo el sistema de preparación al matrimonio actúa como si siguiéramos inmersos en aquella sociedad de corporaciones.

¿Cómo entender el componente formal que tienen instituciones como el noviazgo, el matrimonio y la familia ahora, en una sociedad dinámica, móvil o líquida? Por un lado, hay deseos de una genuina vida conyugal y famiilar en la que cada miembro despliegue al máximo sus potencialidades. Por otra parte, hay también en la mayor parte de la gente anhelo de comunidad, intimidad, entrega, paternidad, fraternidad y otros elementos que son de siempre. Las parejas tienen que balancear innovación y estabilidad, movilidad y comunidad, despliegue y unión, alas y raíces. Evocando a Juan Ramón Jiménez, un matrimonio debe tener alas que no desarraiguen y raíces que dejen volar; un matrimonio debe volar y arraigarse a la vez. Parece imposible, pero es que el matrimonio es la gran solución a la aparente paradoja que se da entre comunión y libertad: es un modo de libertad que nos une y el modo de unión que más nos libera. La preparación y ayuda a las parejas debe ser capaz de asumir ese dinamismo y pluralidad[2].

c) El Sol sale y se pone para todos

En tercer lugar, la inmensa mayoría de crisis y desencuentros que atascan a las parejas se deben a la falta de capacidades para afrontar los retos, problemas e incertidumbres. Esas tensiones ocurren en toda pareja. Si no

2. El dinamismo pluraliza no solo las situaciones, sino los ciclos vitales: los momentos y ritmos en que suceden los principales eventos familiares. Hay novios que no cohabitan, y otros que sí; hay quienes se casan por primera vez y quienes ya tuvieron una o más cóyuges anteriores; hay más parejas donde uno es creyente y el otro no; parejas que con hijos plantean casarse; parejas que quieren una celebración, pero no el sacramento; parejas que quieren bautizar a sus hijos, pero no casarse; parejas homosexuales; parejas divorciadas; parejas interculturales; etc. Es difícil sostener un único proceso uniforme para todos.

se producen, es que la pareja no está viviendo a fondo la vida real. Cualquier persona que interactúe con el mundo enfrenta contradicciones, limitaciones y decepciones. Las tensiones son consustanciales a un mundo que hay que mejorar y a los propios ciclos de desarrollo personal. A menos que uno se blinde contra la vida, esté ensimismado –también se puede estar devotamente ensimismado– o sea un fundamentalista, convive en directo contacto con las tensiones interiores y exteriores. Si afectan a cada individuo, todavía son más amplias cuando se comparten, porque la pareja debe no solo conciliar los procesos personales y conyugales, sino también sincronizarse con los hijos y el resto de las familias extensas. Ya simplemente las tensiones –entendidas como límites, pero también como aspiraciones que tiran de nosotros y como encrucijadas que se nos plantean– en campos como el trabajo o el compromiso cívico son suficientemente dinámicas como para que debamos invertir mucho tiempo y amor en discernir a fondo.

En una ocasión, hablando sobre la pluralidad ideológica de estilos de vida y cosmovisiones, el cardenal Monteiro de Castro recordó una frase que entrañaba una gran verdad: *el Sol sale y se pone para todos*. Esa expresión bíblica nos hace poner el foco sobre una cuestión: independientemente de las creencias y valores, hay retos e hitos de la vida conyugal y familiar que son connaturales a la condición y la convivencia humanas. Unos y otros, de distintas creencias, vamos a encontrarnos ante desafíos comunes.

Sin embargo, la cultura actual no transmite algunas de las capacidades que las personas van a necesitar para convivir: sacrificio, gratitud, perdón o gratuidad, por ejemplo. Y la sociología y la antropología vigentes en la cultura dominante debilitan algunos aspectos vitales: la profundidad emocional, la prioridad del vínculo sobre el individualismo o la primacía de la entrega sobre el utilitarismo. Una sociedad más superficial, individualista y utilitarista nos deja claro que el matrimonio es un proyecto contracultural. Esas carencias no ahorran a nadie los desafíos y etapas de la vida común. *El Sol sale y se pone para todos*, y debemos aprender a vivir la noche y el día de la vida conyugal y familiar.

3. El Modelo de Capacidades

El jesuita Jesús Díaz Baizán suele decir que lo más original de la espiritualidad ignaciana es *dar capacidades* –para trascender, distinguir, encontrar, elegir, amar...– y quizá sea una excelente clave para enfocar el conjunto de la preparación al matrimonio y la primera fase de vida común. *Dar capacidades* es un buen foco para que la Iglesia ayude en esta crucial etapa del ciclo vital.

El formato vigente de preparación al matrimonio sigue un modelo cursillista. Básicamente, es un proceso obligatorio, breve, magistral, informativo, quizá con cierta dinámica testimonial, al ser parejas las que comunican, y puede que con momentos grupales para reflexionar. Se han introducido ciertas modificaciones sobre dicho modelo: se da un acompañamiento más personalizado, con visitas domiciliarias por parte de una pareja pastoralista; se alarga el proceso, que se imparte en fines de semana para favorecer una experiencia más intensa; se celebran reuniones en los domicilios, para ser más cercanos; o se produce una expansión de los componentes testimoniales. Creo que todos ellos son elementos que ayudan. En general, es bueno reconocer que las parroquias buscan activamente el modo de ofrecer una preparación más cálida y útil, que tenga sentido y transmita genuinamente el Evangelio. Pero, así y todo, los Sínodos pidieron unánimemente una mejora sustancial en este campo.

Al analizar en detalle las encuestas sobre la familia realizadas en las diócesis del mundo, detectamos algo muy iluminador: las parejas aprecian cuándo la Iglesia ayuda en la práctica. Quizá debamos insertar más profundamente el sacramento en la vida de las personas. No se trata de ajustar a la gente a un ideal legalizado establecido en el acta matrimonial, sino de que la experiencia sacramental sea un dinamizador y relacionador de la vida de la pareja con ellos, con los demás y con Dios. Así pues, en la preparación al matrimonio tenemos principalmente que dar capacidades a las parejas: para celebrar, para experimentar, para convivir, para gozar, para mejorar.

Vamos a destacar varias características del *Modelo de Capacidades* para la Preparación al Matrimonio. En el breve espacio de este artículo solo podremos esbozar algunos de sus principales rasgos.

a) El Modelo de Capacidades es comunitario y enfatiza la importancia de celebrar en la vida

El matrimonio es formar una comunidad ante el mundo, celebrarla e incluir; es incorporarse –tomar cuerpo y dar cuerpo– juntos a la historia, nunca más solos. El matrimonio y la familia constituyen la primera comunidad de la sociedad civil, y la boda significa constituir esa comunidad ante el mundo: expresa el compromiso común ante y por el mundo. El compromiso es con todos y se expresa ante todos, para que sepan que cuentan contigo. Y ese compromiso mutuo, a su vez, compromete a todos a ayudar y compartir las alegrías y los momentos de la vida. Cada matrimonio une más a toda la comunidad. Los matrimonios son la gran celebración universal que va dando cuerpo a una comunidad.

El problema no es quizá que la gente no quiera casarse, sino que en parte hemos perdido el sentido y costumbre de la celebración comunitaria. Y reconozcamos que el matrimonio no aparece ante la conciencia de muchos como una institución liberadora y potenciadora. Sin embargo, lo es. Es más, nos da un lugar en el mundo. El matrimonio celebra que estar junto al otro es tu principal lugar en el mundo, es tu hogar.

En nuestra sociedad es necesario recuperar el gusto de la celebración y el sentido de los ritos –que son eventos que ayudan a expresar juntos el significado de algo importante–. Liberados de obligaciones, sanciones, reputaciones, fastos y vanidades, deberíamos recobrar el sentido de celebrar: gran parte de la vida de pareja y familiar es aprender a celebrar.

Hay, por tanto, dos claves: integrar y celebrar. Son dos experiencias que desde el inicio hay que cultivar en toda preparación e itinerario: aprender a celebrar y hacer la experiencia de comunidad (comunidad familiar, de amigos, compañeros, vecinos, comunidad eclesial, comunidad con toda la Humanidad: todo integrado). Estas dos dimensiones son muy relevantes cuando trabajamos con parejas de hecho, porque creemos que la clave para que progresen en su unión es esa: comunitarizar y celebrar.

Aprender a celebrar no es algo obvio. Aunque todos creemos ser expertos en festejar, no es tan sencillo celebrar. Será bueno que el modo de hacer ejercicios o convivir durante este tiempo incorpore la celebración.

Hacer ejercicios de celebración –de la vida de pareja, del resto de la familia, de las personas, como cumpleaños u onomásticas, del trabajo u otros aspectos– será importante: pone en juego la atención, la creatividad, la proyección comunitaria, vencer la vergüenza o aliviar la sobreprotección suspicaz de la intimidad.

Tengamos en cuenta que la mayor parte de las parejas tienen su vida comunitaria restringida a la familia, los amigos y quizá los compañeros de trabajo. Experiencias de unión con compañeros en asociaciones, grupos artísticos o deportes son más escasas, y las experiencias en grupos cristianos también son más infrecuentes. Cuando se dice «comunidad», puede que no haya un sustrato experiencial suficiente. Por eso creemos que es fundamental que el tiempo de preparación e itinerario inicial sea una experiencia comunitaria con soporte no solo de un pequeño grupo, sino de encuentros con otros tipos de miembros de la comunidad.

En muchos lugares se forman grupos de parejas que se preparan para el matrimonio. Lo que hay que afinar es cuál es la actividad de ese grupo. No se trata de «darles clases» con un modelo académico o magistral, sino que la gente pueda profundizar y compartir, aprender la sabiduría cristiana y cimentar dinámicamente la propia vida común. Son grupos de vida, en el sentido de que la gente va a ahondar gracias a los otros en su realidad vital y va a dar mayor calidad a dicha vida. La tradición de los grupos de fe, comunidades de vida o comunidades de base es muy útil. De lo que se trata es de que las parejas formen una comunidad temporal para prepararse y que se les ofrezca la misma u otra comunidad temporal para ayudarse durante el inicio de la vida común. El ritmo de esa comunidad puede ser intenso en la etapa de preparación y más esporádico durante el itinerario postmatrimonial[3]. El modo de reunión puede

3. En esas comunidades temporales sería posible que se integraran individuos sin su pareja, pero que quieren prepararse para su matrimonio civil. También sería posible integrar a parejas de hecho que quieren reforzar su vida común, aunque con conciencia de que el grupo prepara para el sacramento. Las personas que ya pertenezcan a comunidades de fe estables será bueno que participen vivamente en estas comunidades, y su experiencia ayudará mucho al grupo (no sería aconsejable convalidar una cosa por otra).

ser una cita semanal o quincenal, pero quizá sea mucho más rico encontrarse todo un día y comer juntos, o incluso buscar un fin de semana en régimen de retiro para intensificar la convivencia. La pedagogía de retiros y convivencias, tan probada en la pastoral convencional, será muy útil. Quizá dos o tres fines de semana sean suficientes para la preparación, y un encuentro trimestral sea un ritmo asequible para el itinerario postmatrimonial.

b) El Modelo de Capacidades se basa en vivir experiencias y ejercitarse

La segunda característica es que esa comunidad temporal principalmente vive experiencias. El estilo pedagógico del modelo es vivencial. No se trata de inyectar contenidos ni información. La información no se asume si no se internaliza en la propia vida. Solo aprehendemos y aprendemos algo cuando se incorpora experiencialmente a la vida real. Se busca que las parejas vivan una serie de ejercicios y búsquedas en los que se encuentren con su propia vida, con el otro y con Jesús. Solo el encuentro personal y experiencial con Jesús puede mover lo más profundo. Para ello el modelo propone orar, pero también contemplar una serie de aspectos de la vida en el fondo de los cuales uno encuentra el rostro de Dios.

c) Gratitud a las fuentes de vida

El Modelo de Capacidades no trata de psicologizar el proceso: por el contrario, se trata de conectar a la pareja con sus fuentes de vida. Aprender a emplear herramientas de comunicación o de decisión no da para sostener una vida común. Un modelo meramente procedimental sería insuficiente. La pareja no vive en el plano de las negociaciones, sino en el plano del sentido de la vida. Por eso es imprescindible que la pareja sea capaz de explicitar cuál es el motor y misión de su vida, tanto personal como común –y la sincronización de lo individual y común será crucial–. La gente no tiene que hacer un curso de novios, sino un taller de vida. El reto no es el matrimonio, sino la misma vida, porque el matrimonio no es un hecho sectorial o parcial, sino que modifica y refunda el centro de la propia vida. La nueva generación del siglo XXI recibe el nombre de «los *millennials*»: se dice que ahora los jóvenes precisamente dan mucho más valor al sentido

de lo que hacen y se entregan con pasión a proyectos que merezcan realmente la pena, otorgando al dinero un papel menor.

Prepararse para el matrimonio debería ahondar en cómo estamos preparados para la vida y para qué nos preparamos en la vida. No se trata solo de hacer planes de futuro, sino también de reconocer cuál ha sido la fuente vital que más ha nutrido sus vidas hjasta ahora. Y la mejor forma de conocerlo es desde la gratitud. Sería bueno no hacer un ejercicio ideológico o doctrinal, sino ser capaces de identificar agradecidos cuáles han sido las fuentes y experiencias que les han dado más vida, tanto en el recorrido personal como especialmente en los años que lleven ya compartidos.

d) Proyecto familiar

El proyecto matrimonial o familiar es un muy buen concepto para articular toda una serie de aspectos cruciales de la vida común. Nos conduce a reconocer y anhelar cimientos, la misión común, el motor o fuente que nos mueve, cómo la pareja ayuda al otro a desarrollarse, el estilo de vida de la pareja, cómo se relacionan en tanto pareja con los demás, cómo dan fruto en el mundo, cómo deciden, cómo resuelven sus desencuentros, etc. En el libro de la Editorial Mensajero *El Reloj de la Familia*, hemos propuesto una herramienta práctica para elaborar o revisar un proyecto de familia. Sería imprescindible que toda pareja que se va a casar tuviera su momento para descubrir y formular su proyecto de familia.

Tanto la experiencia de gratitud –puede ser un recorrido por los momentos de la historia por los que dan gracias, tal como pautamos en *El Reloj de la Familia*, o puede ser mediante otras dinámicas o celebraciones que se diseñen– como la del proyecto familiar pueden ser un buen contenido para organizar un día de trabajo común de las parejas. Consistiría en hacer los ejercicios por parejas y luego compartir en grupo pequeño. Para ello se pueden juntar varios grupos de preparación o puede hacerse aisladamente en cada grupo.

e) Capacidades de convivencia

Un capítulo importante es entrenar a la pareja para la convivencia. Agradecer, comunicar, perdonar, decidir juntos y permanecer como una fa-

milia activa son cosas que no se traen por defecto, sino que hay que prepararlas para vivir con intensidad. Todas ellas van a ser cruciales para el éxito de la pareja. No son herramientas psicológicas, sino sapienciales, e incluyen el modo en que el cristianismo lo profundiza y celebra. Se pueden hacer experiencias mediante dinámicas específicas alrededor de cada una. «Encuentro Matrimonial» ha desarrollado probadas herramientas para que la pareja aprenda a comunicarse desde lo más cotidiano y práctico hasta los niveles más profundos. Esta parte la concebimos como una caja de herramientas que la pareja va a ir haciendo durante su preparación y también después. Siempre se pueden añadir nuevas herramientas (por ejemplo, el afrontamiento de la adolescencia de los hijos o la conciliación de trabajo y vida familiar). La parroquia, el centro pastoral y los colegios podrian ofrecer esos módulos. Un segundo fin de semana dedicado a esas capacidades aporta un muy buen contenido[4].

f) Integrarse en el gran relato bíblico

Es muy importante que las parejas se sientan incorporadas a la Historia de Salvación. Su historia forma parte de una larga solidaridad de generaciones unidas en la Iglesia. Creemos que es muy importante comprender la Biblia como, en gran parte, una historia de familias. Conocer a fondo el significado de las historias de la Biblia da muchos ánimos, pues realmente vivieron todo tipo de vicisitudes. Es una gran fuente de inspiración si se transmite con toda su profundidad y alcance. Es un buen motivo para aprender a orar, para contemplar y para celebrar. Ese carácter narrativo es un buen estilo para transmitir algunos elementos sapienciales que la Iglesia cree necesario compartir con las nuevas parejas y también lo fundamental del sacramento para el que se preparan. Un tercer día juntos puede ser conducido por esa profundización en las historias bíblicas de la familia, en las cuales engarzar algunos de los elementos sacramentales y doctrinales que se quieren transmitir.

4. Dada la probada experiencia que la CVX y el Instituto Universitario de la Familia de Comillas estamos teniendo con *El Reloj de la Familia*, creemos que es una buena herramienta que podría aplicarse a la preparación e itinerarios. Podría articular los dos primeros fines de semana.

g) Escuelas de padres

Una misión de tanto alcance como la ayuda a las jóvenes parejas necesita que toda la comunidad eclesial se movilice a su favor. Es necesaria una arquitectura inclusiva e integral donde participe –con autonomía y pluralidad– el conjunto del tejido de la Iglesia, muy especialmente –además, obviamente, de las parroquias y los departamentos diocesanos– los centros educativos, las comunidades o movimientos laicales, las congregaciones y todo tipo de centro pastoral desde el que puedan ofrecerse servicios útiles. Revisten mucha importancia las escuelas de padres: también ellas se ven llamadas a un giro metodológico y pedagógico para ser capaces de llegar a más padres y famiilas. Y será clave comprender que ayudar a la conyugalidad positiva es muchas veces el modo más directo y estructural que tienen los padres de mejorar el modo de educar y ayudar a sus hijos.

4. Queda mucho por trabajar

Hay más elementos en este modelo, pero hemos presentado algunos que son clave. Entre ellos estaría, por ejemplo, lo bueno que sería que las parejas se encontrasen con personas o experiencias de la pastoral social, de la salud u otros campos pastorales. Sería excelente una reflexión sobre ecología y estilo de vida del hogar. Creemos que a lo largo de todo el proceso se debería contar con canciones, películas o narraciones que fueran breves e inspiradoras para los participantes. Es necesario apuntar que el Modelo de Capacidades tiene un planteamiento prudente del acompañamiento. A algunos puede ayudarles un acompañamiento personalizado, pero para otros puede ser intimidatorio y quizás invasivo. No se debería poner como condición, sino como ofrecimiento: un recurso del que pueden valerse. Sería suficiente con un acompañamiento grupal, salvo que existan problemas importantes que deban ser hablados con intimidad. En todo caso, se requiere una formación específica para acompañantes de suficiente calidad. El Modelo de Capacidades queda solo esbozado, pero creemos que suficientemente como para inducir caminos.

Quisiera dejar señalada una última cuestión que es vital. Si se quiere que, en el nuevo contexo de sociedades dinámicas, las parejas y las familias participen en la vida eclesial, es perciso un cambio de fondo en la propia gobernanza comunitaria de las parroquias y el papel que las familias tienen en ella. En línea con las propuestas del cardenal Walter Kasper, las parroquias son principalmente comunidades de familias, y esa lógica famiilar debe dar forma a las mismas.

En todo caso, estamos en un tiempo de creatividad e innovación práctica. Se abre una etapa en la que aplicar el nuevo paradigma de pastoral de familia debe ir desarrolando nuevas aplicaciones operativas. Para ello es muy importante invertir recursos en que los especialistas en pastoral y las universidades generemos modelos y herramientas. Y eso requiere investigación, expertos y experiencias. Pero, sin duda, lo más importante es la inspiración de fondo que se nos pide, la interiorización de la Cultura del Corazón, para que el modo de hacer de Jesús dé forma a nuestros modos de ayudar. Cada nueva generación de parejas jóvenes que llegan para unir su vida juntos a la de Jesús renuevan nuestra esperanza. Necesitamos el don de Adán y Eva: comenzar juntos un mundo nuevo.